

El fin de la inocencia intelectual

Mañana no te presentes

MARTA ORRANTIA

Random House Mondadori, Bogotá,
2016, 203 pp.

INFILTRADA COMO trabajadora del archivo del Palacio de Justicia, Aurora, alias “Yolanda”, ex estudiante universitaria y miembro del M-19, de 26 años, aguarda el asalto del edificio por parte de la guerrilla para secuestrar a los magistrados y forzar una negociación que culmine con el enjuiciamiento del presidente de la República. Aunque cree en esos objetivos y en que la acción será rápida y limpia, el temor surge por la advertencia que le hiciera su amante, otro guerrillero llamado Ramiro, alias “Santiago”, la noche antes: “Esto es una trampa. Mañana no te presentes” (pp. 22-23), frase que da título a la novela de Marta Orrantia.

Inquieta, la protagonista observa ciertas irregularidades en la disposición de los soldados, en la entrada de sus compañeros de armas en el inicio de la contienda, y en la ausencia de Ramiro, desertor de última hora. Desde su mirada y entendimiento, pero sobre todo desde su confusión, transcurrirá la toma del Palacio, porque ella, bajo las órdenes del jefe guerrillero Andrés Almarales —señalado aquí como captor del juez Manuel Gaona, encargado de la ponencia sobre la extradición de los narcotraficantes—, se moverá entre el segundo y el tercer piso; avizorará tanques y soldados que liberan a los secuestrados, destruyen cuanto encuentran a su paso y aniquilan a otros comandos; batallará casi a ciegas y repelerá la entrada de policías que pretenden emboscarlos por el techo; se asfixiará con el humo del incendio de la biblioteca; trasladará a sus prisioneros; encarará a su superior por el fracaso del operativo y tratará de escapar haciéndose pasar por rehén —en efecto, solo un miembro del M-19 sobrevivió a la ocupación, la guerrillera Clara Helena Enciso, aunque este libro no señala que se base en su historia—.

Pero, ante todo, Yolanda dudará: “Había entrado en la guerrilla porque pensaba que el Eme era distinto a

todo. Era divertido, era inteligente, era idealista y anárquico. Pero esas creencias se habían vuelto humo durante las últimas horas” (p. 80). Dudará de su compromiso, de la nobleza atribuida a la guerrilla, del amor de Ramiro. Porque, para abordar ese capítulo doloroso de la memoria de Colombia, la autora asume una perspectiva más sentimental que bélica o política, y explora la traición. La de Ramiro a su mujer, después de “años de noviazgo”, y la del Eme a los suyos, pues sacrificó la vida de un centenar de personas, no por los ideales (abstracciones como “hacer un país mejor”, p. 81) sino por los intereses del narcotráfico —Pablo Escobar y Los Extraditables—, una pieza clave en el conflicto colombiano que se ha cobrado casi 220.000 vidas en medio siglo, según el Centro Nacional de Memoria Histórica. En un pasaje de diatriba entre Yolanda y Almarales, él le responde que quieren negociar con el gobierno “protección a los recursos naturales, abolición de la extradición, democracia...”, y ella le interrumpe: “¿Extradición? ¿Y a nosotros qué nos importa la extradición de los narcos” (pp. 89-90).

En esta novela, como en cualquier otra basada en hechos reales, la ficción y lo veraz entablan un duelo, cuyo desenlace puede comprometer la verosimilitud de la obra y, por tanto, la inmersión en ese universo recreado, más cuando el episodio permanece vivo en la memoria colectiva por haber acontecido hace pocos años. La toma del Palacio de Justicia por parte del M-19 marcó el final de la inocencia, no ya de un país —que sería exagerar—, pero sí de un sector intelectual y romántico que apoyaba, y distinguía, a una de las tantas guerrillas que se movían en el complejo tablero colombiano de aquellos largos años.

Agrietado el apego histórico con una construcción que incluye personajes inventados, la verosimilitud se transforma en el contrapeso, esa vara larga de funambulista, que permite mantener el equilibrio de la narración y, por ello, lograr el efecto mágico de la literatura: sumergir en el relato al lector, convencido de que los hechos recreados podrían haber sucedido tal como se cuentan con abundancia de detalles y matices, repletos de suposiciones, pensamientos, diálogos y mo-

vimientos imposibles de comprobar y, por tanto, excluidos de cualquier otro tipo de género. El novelista, como aquí Orrantia, se apropia de la historia —y sus diferentes versiones— para usarla como materia prima y, según sus intenciones, construir un relato en línea o contraposición con otras tesis —ya sean oficiales, paralelas, periodísticas, historiográficas—, por medio de la ficción y sus herramientas.

La autora logra con éxito esa imposición de la verosimilitud gracias a la insistencia, por parte de la narradora, en que las lagunas e interrogantes no resueltos, incluso las contradicciones, se deben a la forma como el movimiento guerrillero actúa y distribuye la información. Desde el principio, cuando cuenta la planificación: “La idea era que jamás nos cruzáramos. Siempre trabajábamos así, compartimentados, para que no supiéramos más de lo que debíamos, y no valieron de nada las quejas que puse, aduciendo que sería más fácil para todos si pudiéramos ayudarnos adentro” (p. 23); hasta el final, cuando el ejército la interroga y tortura: “Utilizamos un sistema para compartimentar la información. La toma no fue planeada como una sola entidad, sino que había varias personas encargadas de diferentes tareas, y no necesariamente nos conocíamos ni sabíamos de la existencia de los demás” (p. 166).

Este dato sobre el despiece de la información y la ignorancia de los guerrilleros rasos sostiene el verdadero trasfondo del libro. Más que la deslealtad, muestra el estupor. Una estupefacción que aún permanece como cicatriz de aquella conjura, porque, aunque su tronco sean las 28 horas de la toma del Palacio de Justicia, la narración comienza y termina “tres décadas” después, cuando Yolanda llega por rutina a un pueblo de carretera y reconoce a Ramiro. Ese encuentro sirve como detonante del recuerdo y pretende dilucidar los porqués de aquella traición, siempre esquivos, aunque con el perdón por delante: “Ya todo es agua bajo el puente” (p. 17). Una redención que queda en el aire al inicio de la obra, para retomar la posibilidad de lograrla o no en su final.

Ese desconcierto se consolida también gracias a la perspectiva unipersonal y claustrofóbica otorgada por

RESEÑAS		NOVELA
<p>Yolanda, guerrillera del montón, sin poder real dentro de la organización. A través de sus ojos, el lector asiste a la toma del Palacio de Justicia que, se sabrá mucho más tarde, constituyó un pacto contra natura de la guerrilla con los narcotraficantes. El M-19 sirvió a los narcos para atemorizar y asesinar a los magistrados encargados de la extradición y destruir las pruebas contra ellos; mientras los narcos financiaban a los paramilitares, aliados del ejército, que les restaban territorio y asesinaban a los políticos de la Unión Patriótica, el partido de las FARC, y que cinco años después, cuando se desmovilizara el M-19, asesinarían también a su entonces candidato a la Presidencia. Una carambola más que planea invisible sobre esta historia y que <i>Mañana no te presentes</i> remueve sin incidir directamente.</p> <p>Con prosa precisa, carente de florituras, la trama transcurre agilmente, sin conceder más pausas en la trepidante acción central que las necesarias para que la protagonista inserte breves analepsis, con las que explica su vida anterior, su historia de amor con Ramiro, su origen familiar, la forma en que la reclutó la guerrilla, la manera en que transmitía la información en las casas de seguridad. En esa estructura casi lineal, narrada en primera persona, la toma del Palacio de Justicia se cuenta desde los minutos antes de suceder, hasta que la protagonista abandona el edificio. El desenlace ocurre cuando la interrogan y salvan. Previa y posteriormente, los dos capítulos cortos en los que la narradora, casi anciana, se fuerza a recordar aquel incidente.</p> <p>Como única protagonista, Yolanda es un sólido personaje construido con mayor dosis de ingenuidad que de idealismo, que pierde la candidez durante la batalla. El desencanto apunta en todas las direcciones posibles: contra la guerrilla, que no cumple con los objetivos prometidos; contra el Estado, que se niega a negociar y permite que el ejército reprima con desproporción (hace mención a la toma de la Embajada de República Dominicana cinco años antes, en la que sí hubo una salida negociada); contra su amante desertor:</p> <p>Yo era una niña, no una asesina (...) Mientras ponía las balas en los proveedores, la sola idea de la</p>	<p>justicia y de la paz, en la que había creído tan ciegamente esa mañana, me sonó ridícula, y en cambio pude entender por qué me decían que era una asesina. (p. 53)</p> <p>Aunque Yolanda no puede —ni lo pretende— servir como alegoría de un país desangrado, madurado y endurecido por la violencia y el trauma ocurridos desde mucho antes, quizás sí sea un símbolo de un segmento de determinada generación urbana e intelectual (“jóvenes idealistas como yo, alegres, fiesteros, siempre sonriendo y bebiéndose la vida como si no fueran a morir nunca”, p. 83) que se enroló voluntariamente —importante diferencia en relación con las zonas campesinas— en un movimiento guerrillero, ajeno a los intereses que determinaban las intrincadas alianzas y las cruentas acciones de sus mandos. Ese esfuerzo por justificar el idealismo de Yolanda y otros “compas”, hasta rozar la exoneración, constituye el único punto débil de esta novela de extraordinario pulso. Por ejemplo, en varios pasajes la protagonista se extraña de que les disparen o les maten; se conduce profundamente por la muerte de quien ametralla a los soldados, pero sonrío cuando cae uno del otro bando. Dice: “Empecé a gritar: ‘¡Hijueputas! ¡Nos están matando, hijueputas!’”. Seguía gritando, insultándolos, intentando aturdirlos con unas palabras iracundas que no tenían ni la fuerza ni la violencia de sus armas, que hablaban sin necesidad de decirnos nada” (pp. 116-117). Tampoco muestra mayor arrepentimiento por haber sido una de las artífices de esa masacre: “Tengo el alma limpia, como si hubiera pasado un borrador sobre todos los rencores” (p. 193).</p> <p>Treinta años después, Yolanda posee una nueva identidad —regalada por un soldado que la rescató de la muerte segura tras la tortura— pero no ha logrado reponerse de las secuelas de la tortura (fue colgada de los brazos, acuchillada, electrocutada, violada... como se describe en la novela, pp. 157-176). En el tiempo del inicio de la narración, que es el mismo del lector —de esta primera edición—, la protagonista dice:</p> <p>Nunca he vuelto a acostarme con un hombre, ni siquiera alguno me ha</p>	<p>besado, pero no por desconfianza ni por un trauma ni nada por el estilo. O eso quiero pensar. Aun así, sé que siento vergüenza de exhibirme, como si todo hubiera sido mi culpa. Mi cuerpo, lleno de cicatrices, es un secreto que debo guardar. Porque cada cicatriz cuenta una historia que no estoy dispuesta a narrar. Tal vez solo a Ramiro. A él le contaría, mientras me acaricia. (p. 194)</p> <p>Una redención que finalmente no sucede: el destino de Ramiro, “uno de los nuestros. Del Charry Solano” —ese temible batallón que coordinaba a los paramilitares—, desertor de la guerrilla y del ejército, es el mismo de otros hombres responsables de la violencia, solo que aplazado, para que Yolanda sea testigo del fin de la historia y de su propio candor.</p> <p style="text-align: right;">Doménico Chiappe</p>